

Sobre la revolución rusa

Rosa Luxemburg

(borrador 1918, publicado póstumamente)

Edicions internacionals Sedov



**Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de Rosa Luxemburg**

Edicions internacionals Sedov



Valencia, enero de 2021
germinal_1917@yahoo.es

Versión al castellano de Ana Armand desde “[Zur russischen Revolution](#)”, en [Marxists' Internet Archive - Deutschsprachiger Teil - Rosa Luxemburg](#). Borrador inconcluso. Publicado por primera vez en 1922 por Paul Levi a partir del manuscrito en su poder; anexamos declaración pública de Clara Zetkin y Adolf Warski oponiéndose en 1921 a la publicación de este borrador.

Índice

I	3
II	6
III	10
IV	17
Sobre una deplorable maniobra (Clara Zetkin y Adolf Warski)	26

I

La revolución rusa es el hecho más importante de la guerra mundial. Su estallido, su radicalidad sin precedentes, su efecto duradero, son los que mejor desmienten la frase con la que la socialdemocracia oficial alemana encubrió ideológicamente la campaña de conquista del imperialismo alemán en sus inicios: la frase de la misión de las bayonetas alemanas para derrocar al zarismo y liberar a sus pueblos oprimidos. La enorme escala que ha asumido la revolución en Rusia, el profundo efecto con el que ha sacudido todas las relaciones de clase, ha planteado y enfrentado todos los problemas sociales y económicos, avanzando consecuentemente desde la primera etapa de la república burguesa (el derrocamiento del zarismo no ha sido más que un breve episodio, casi una nimiedad). Todo esto demuestra claramente que la liberación de Rusia no ha sido obra de la guerra y de la derrota militar del zarismo, no es mérito de las “bayonetas alemanas en los puños alemanes”, como prometía el *Neue Zeit* bajo la dirección de Kautsky en uno de sus editoriales, sino que hundía profundas raíces en su propio país y estaba completamente madura en su interior. La aventura bélica del imperialismo alemán bajo el escudo ideológico de la socialdemocracia alemana no provocó la revolución en Rusia, sino que sólo la interrumpió durante un tiempo, inicialmente (después de su primera tormenta ascendente en 1911-1913) para crearle luego, tras su estallido, de las condiciones más difíciles y anómalas en su entorno.

Sin embargo, para todo observador reflexivo esta trayectoria es también una prueba contundente contra la teoría doctrinaria que Kautsky comparte con el partido de los socialdemócratas gubernamentales, según la cual Rusia, como país económicamente atrasado y predominantemente agrario, no estaba aún madura para la revolución social y para una dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera que sólo es posible una revolución *burguesa* en Rusia (de cuyo punto de vista resulta entonces también la táctica de la coalición de los socialistas en Rusia con el liberalismo burgués) es al mismo tiempo la del ala oportunista en el movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques bajo la probada dirección de Axelrod y Dan. Tanto los oportunistas rusos como los alemanes coinciden perfectamente con los socialistas gubernamentales alemanes en esta concepción fundamental de la revolución rusa, de la que se desprende por sí misma la opinión sobre las cuestiones detalladas de la táctica: según la opinión de todos ellos, la revolución rusa debería haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana, la guerra del imperialismo alemán se propone como su noble tarea: el derrocamiento del zarismo. Si ha ido más allá, si se ha fijado como tarea la dictadura del proletariado, según esta doctrina ello se debe a un simple error por parte del ala radical del movimiento obrero ruso, los bolcheviques, y todas las dificultades que han sobrevenido a la revolución en su curso posterior, todas las turbulencias de las que ha sido víctima, se presentan precisamente como resultado de este error fatal. *Teóricamente*, esta doctrina, propiciada tanto por el *Vorwärts* de Stampfer como por Kautsky como fruto del “pensamiento marxista”, equivale al descubrimiento “marxista” original de que la revolución socialista es un asunto nacional, por así decirlo, doméstico de cada estado

moderno en sí mismo. En la bruma etérea del esquema abstracto, por supuesto que un Kautsky sabe pintar con gran detalle los vínculos económicos mundiales del capital que hacen de todos los países modernos un organismo coherente. Pero es imposible encerrar a la revolución rusa (fruto del desarrollo internacional y de la cuestión agraria) dentro de los límites de la sociedad burguesa.

En la práctica, esta doctrina tiende a negar la responsabilidad del proletariado internacional, en primer lugar, en la revolución rusa y del proletariado alemán, en segundo lugar, negando las conexiones internacionales de esta revolución. No fue la inmadurez de Rusia, sino la inmadurez del proletariado alemán para el cumplimiento de las tareas históricas lo que demostró el curso de la guerra y la revolución rusa, y señalar esto con toda claridad es la primera tarea de una consideración crítica de la revolución rusa. El destino de la revolución rusa dependía totalmente de los [acontecimientos] internacionales. El hecho de que los bolcheviques basaran su política enteramente en la revolución mundial del proletariado es precisamente el testimonio más brillante de su clarividencia política y de su firmeza fundamental, de la audacia de su política. En ello se manifiesta el tremendo salto que ha dado el desarrollo capitalista en la última década. La revolución de 1905-1907 sólo encontró un débil eco en Europa. Por lo tanto, tenía que seguir siendo un capítulo inicial. Su continuación y solución estaban ligadas al desarrollo europeo.

Está claro que no la apologética acrítica, sino sólo la crítica minuciosa y reflexiva es capaz de desenterrar los tesoros de la experiencia y sus lecciones. Sería, en efecto, una idea descabellada que en el primer experimento histórico-mundial con la dictadura de la clase obrera (y ello bajo las condiciones más difíciles imaginables en medio de la conflagración mundial y del caos de un genocidio imperialista, aprisionado en el cepo de hierro de la potencia militar más reaccionaria de Europa, bajo el fracaso total del proletariado internacional), que en un experimento de dictadura obrera en condiciones tan anormales precisamente todo lo que se hizo y se dejó en Rusia fuera la cumbre de la perfección. Por el contrario, los conceptos elementales de la política socialista y la comprensión de sus necesarios presupuestos históricos obligan a suponer que, en tales condiciones fatales, ni siquiera el idealismo más gigantesco y la energía revolucionaria más tormentosa son capaces de realizar la democracia y el socialismo, sino sólo intentos impotentes y distorsionados de ambos.

Poner esto claramente ante los ojos, en todas sus profundas conexiones y efectos, es prácticamente un deber elemental de los socialistas de todos los países; pues sólo mediante una comprensión tan amarga se puede calibrar toda la magnitud de la propia responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la revolución rusa. Por otra parte, sólo así se pone de manifiesto la importancia decisiva de la acción internacional unida de la revolución proletaria, como condición básica sin la cual incluso la mayor eficacia y los mayores sacrificios del proletariado en un solo país se verán inevitablemente enredados en una maraña de contradicciones y errores.

Tampoco cabe duda de que las mentes inteligentes que encabezan la revolución rusa, de que Lenin y Trotsky, en su espinoso camino rodeado de trampas de todo tipo, dieran muchos pasos decisivos sólo bajo las mayores dudas internas y con la más feroz reticencia interna, y que nada podía estar más alejado de sus mentes que ver aceptar a la Internacional todo lo que hicieron bajo una amarga compulsión, todas sus acciones, emprendidas bajo esa amarga compulsión y la urgencia de la vorágine de los acontecimientos, como un modelo sublime de política socialista, para el que sólo cabría la admiración acrítica y la imitación entusiasta.

Sería igualmente erróneo temer que un análisis crítico de los caminos hasta ahora recorridos por la revolución rusa suponga un peligroso menoscabo del prestigio y del

fascinante ejemplo de los proletarios rusos, los únicos en vencer la fatal inercia de las masas alemanas. No hay nada más equivocado que esto. El despertar del vigor revolucionario de la clase obrera en Alemania no puede ser conjurado con el espíritu de los métodos de tutela condescendiente de la socialdemocracia alemana, que descansa en paz, ni por ninguna autoridad intachable, ya sea la de sus propias “instancias” o la del “ejemplo ruso”. No fabricando un estado de ánimo entusiasta y revolucionario, sino a la inversa: únicamente a partir de la comprensión de toda la terrible seriedad, de toda la complejidad de las tareas, de la madurez política y de la independencia intelectual, del discernimiento crítico de las masas (que la socialdemocracia alemana ha ahogado sistemáticamente durante décadas con los más diversos pretextos), puede nacer la capacidad histórica de acción del proletariado alemán. Tratar críticamente la revolución rusa en todos sus contextos históricos es el mejor entrenamiento de los trabajadores alemanes, así como de los internacionales, para las tareas que les plantea la situación actual.

II

El primer período de la revolución rusa, desde su estallido en marzo hasta el derrocamiento de octubre, corresponde en su curso general exactamente al patrón de desarrollo de las grandes revoluciones inglesa y francesa. Es el desarrollo típico de toda primera gran confrontación general de las fuerzas revolucionarias generadas en el seno de la sociedad burguesa con los grilletes de la vieja sociedad.

Su desarrollo se mueve naturalmente a lo largo de una línea ascendente: desde los inicios moderados hasta una radicalización cada vez mayor de los objetivos, y, paralelamente, desde la coalición de clases y partidos hasta el gobierno único del partido radical.

En un primer momento, en marzo de 1917, los “cadetes”, es decir, la burguesía liberal, estaban a la cabeza de la revolución. La primera pleamar general de la marea revolucionaria arrastró a todos y a todo: la Cuarta Duma, el producto más reaccionario del sufragio censitario de las cuatro clases resultante del golpe de estado, se transformó de repente en un órgano de la revolución. Todos los partidos burgueses, incluida la derecha nacionalista, formaron de repente una falange contra el absolutismo. Éste cayó ante la primera embestida casi sin luchar, como un órgano muerto que sólo necesitaba ser tocado para desprenderse del cuerpo. Incluso el breve intento de la burguesía liberal de salvar al menos la dinastía y el trono se hizo añicos en pocas horas. El rápido progreso del desarrollo cubrió en días y horas distancias que antes le costaron a Francia décadas. En esto se demostró que Rusia estaba realizando los resultados de un siglo de desarrollo europeo y, sobre todo, que la revolución de 1917 era una continuación directa de la de 1905-1907, no un regalo de los “libertadores” alemanes. El movimiento de marzo de 1917 retomó directamente su trabajo donde lo había dejado diez años antes. La república democrática fue el producto acabado, interiormente maduro, de la primera embestida de la revolución.

Pero ahora comenzaba la segunda y difícil tarea. La fuerza motriz de la revolución desde el primer momento fue la masa del proletariado urbano. Sin embargo, sus exigencias no se agotaron en la democracia política, sino que se dirigieron a la cuestión candente de la política internacional: la paz inmediata. Al mismo tiempo, la revolución se abalanzó sobre la masa del ejército, que planteó la misma exigencia de paz inmediata, y sobre la masa del campesinado, que empujó al primer plano la cuestión agraria, punto de apoyo de la revolución ya desde 1905. Paz inmediata y tierra: con estos dos objetivos se dio la división interna de la falange revolucionaria. La exigencia de una paz inmediata entraba en aguda contradicción con la tendencia imperialista de la burguesía liberal, de la que Miliukov era el portavoz; la cuestión de la tierra era el fantasma, en primer lugar, que aterrorizaba a la otra ala de la burguesía: la de los terratenientes, y luego, como un atentado contra la sagrada propiedad privada en general, un punto doloroso para todas las clases burguesas.

Así, al día siguiente, tras la primera victoria de la revolución, comenzó una lucha interna en su seno sobre los dos focos de atención: la paz y la cuestión de la tierra. La burguesía liberal inició una táctica de filibusterismo y evasión. Las masas obreras, el

ejército y el campesinado empujaban cada vez con más ímpetu. No cabe duda de que el destino de la democracia política de la república estaba ligado a la cuestión de la paz y de la tierra. Las clases burguesas, arrastradas por la primera ola tempestuosa de la revolución, se habían dejado llevar por la forma de gobierno republicana, e inmediatamente comenzaron a buscar bases atrasadas y a organizar tranquilamente la contrarrevolución. La campaña de los cosacos de Kaledin contra Petersburgo ofreció una clara expresión a esta tendencia. Si este avance se hubiera visto coronado por el éxito, entonces no sólo la paz y la cuestión agraria, sino también el destino de la democracia, de la propia república, estaba sellado. La dictadura militar con un reino de terror contra el proletariado y luego el retorno a la monarquía [habría sido] la consecuencia inevitable. De esto se puede calibrar el carácter utópico y esencialmente reaccionario de la táctica que guiaba a los socialistas rusos de la tendencia de Kautsky, los mencheviques.

Es realmente asombroso observar cómo, durante los cuatro años de la guerra mundial, este hombre laborioso perfora, tranquila y metódicamente, agujero teórico tras agujero teórico en el socialismo a través de su incansable trabajo de escritura, trabajo del que el socialismo emerge como un colador sin nada sano. La ecuanimidad acrítica con la que sus seguidores observan este laborioso trabajo de su teórico oficial y se tragan sus siempre nuevos descubrimientos sin pestañear, sólo encuentra su analogía en la ecuanimidad con la que los seguidores de Scheidemann y compañía observan cómo estos últimos destrozan prácticamente el socialismo paso a paso. De hecho, las dos obras son perfectamente complementarias, y Kautsky, el guardián oficial del templo del marxismo, en realidad ha estado haciendo sólo teóricamente lo mismo desde el estallido de la guerra que los Scheidemann han estado haciendo prácticamente: 1.- la Internacional, un instrumento de paz; 2.- el desarme y la Sociedad de Naciones, el nacionalismo y, finalmente, 3.- la democracia, *no* el socialismo.

Mordiéndose firmemente la ficción del carácter burgués de la revolución rusa (porque, al fin y al cabo, Rusia no estaba aún madura para la revolución social) se aferraron desesperadamente a la coalición con los liberales burgueses, es decir, a la unión forzosa de aquellos elementos que, divididos por el curso natural interno del desarrollo revolucionario, entraban en la más aguda contradicción entre sí. Los Axelrod y Dan querían cooperar a toda costa con aquellas clases y partidos de los que la revolución y su primera conquista, la democracia, no podían esperar más que el mayor de los peligros.

En esta situación, pues, la dirección bolchevique merece el mérito histórico de haber proclamado desde el principio y perseguido con férrea coherencia esa táctica que es la única que puede salvar la democracia e impulsar la revolución. Todo el poder exclusivamente en manos de las masas obreras y campesinas, en manos de los sóviets; ésta era, en efecto, la única manera de salir de las dificultades en las que se había sumido la revolución, éste fue el golpe de espada con el que se cortó el nudo gordiano, la revolución fue conducida fuera del cuello de botella y ante ella se abrió el campo libre del desarrollo ulterior sin restricciones.

El partido de Lenin fue, pues, el único partido en Rusia que comprendió los verdaderos intereses de la revolución en ese primer período, fue su elemento impulsor, como único partido que siguió una política verdaderamente socialista.

Esto explica también el hecho de que los bolcheviques, al principio de la revolución eran una minoría condenada al ostracismo, calumniada y acosada por todos lados, fueran llevados en el menor tiempo posible a la cabeza de la revolución y fueran capaces de reunir bajo su bandera a todas las verdaderas masas del pueblo: el proletariado urbano, el ejército, el campesinado, así como los elementos revolucionarios de la democracia, el ala izquierda de los socialistas-revolucionarios.

La situación real de la revolución rusa se agotó tras unos meses en la alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Esta es la situación objetiva que surge en toda revolución muy poco después de que haya pasado el primer frenesí, y que surgió en Rusia a partir de las cuestiones concretas y candentes de la paz y de la tierra, para las que no había solución en el marco de la revolución “burguesa”.

La revolución rusa no ha hecho más que confirmar la doctrina fundamental de toda gran revolución, cuya ley de vida es: o bien debe precipitarse hacia adelante muy rápida y resueltamente, derribando con mano de hierro todos los obstáculos y ampliando cada vez más sus objetivos, o bien muy pronto será arrojada más atrás de su punto de partida más débil y aplastada por la contrarrevolución. No hay que permanecer quieto, no hay que dar pataditas en el mismo sitio; en la revolución, una vez alcanzado el primer objetivo, no hay que conformarse con él. Y quien quiera trasladar esas sabidurías caseras de las guerras parlamentarias de la rana y el ratón a la táctica revolucionaria, sólo demuestra que la psicología, la ley misma de la vida de la revolución, le es tan ajena como libro cerrado le es toda la experiencia histórica.

El curso de la revolución inglesa, desde su estallido en 1642, llevó, por la misma lógica de las cosas, a que sólo las débiles fluctuaciones de los presbiterianos, la vacilante guerra contra el ejército monárquico (en la que los jefes presbiterianos evitaron deliberadamente una batalla decisiva y una victoria sobre Carlos I), convirtieran en una necesidad inevitable que los independientes los expulsaran del parlamento y tomaran el poder. Asimismo, en el seno del ejército de los independientes, fue la masa de soldados pequeñoburgueses inferiores, los “niveladores” lilburnos, los que sustanciaron el empuje de todo el movimiento de los independientes, y, finalmente, los elementos proletarios de la masa de soldados, que encontraron su expresión en el movimiento Digger, constituyeran a su vez la levadura del partido democrático “nivelador”.

Sin el efecto espiritual de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa de soldados, sin la presión de la masa de soldados democráticos sobre la clase alta burguesa del partido de los independientes, no habría habido ni la “limpieza” del parlamento largo de los presbiterianos, ni la terminación victoriosa de la guerra con el ejército de los caballeros y con los escoceses, ni el juicio y ejecución de Carlos I, ni la abolición de la cámara de los lores y la proclamación de la república.

¿Cómo ocurrió en la Gran Revolución Francesa? La toma del poder por parte de los jacobinos se reveló aquí, después de cuatro años de lucha, como el único medio de salvar las conquistas de la revolución, de realizar la república, de aplastar el feudalismo, de organizar la defensa revolucionaria tanto dentro como fuera, de aplastar la conspiración de la contrarrevolución, de extender la ola revolucionaria desde Francia a toda Europa.

Kautsky y sus compañeros de armas rusos, que querían que la revolución rusa conservara su “carácter burgués” de la primera fase, son una contrapartida exacta de aquellos liberales alemanes e ingleses del siglo anterior que distinguían en la gran revolución francesa las dos fases: la revolución “buena” de la primera fase girondina y la “mala” desde el derrocamiento jacobino. La superficialidad liberal de la concepción de la historia no necesitaba, por supuesto, comprender que sin el derrocamiento de los “inmoderados” jacobinos incluso los primeros tanteos y logros a medias de la primera fase girondina habrían quedado pronto sepultados bajo las ruinas de la revolución, que la verdadera alternativa a la dictadura jacobina, tal como la presentaba el férreo curso del desarrollo histórico en 1793, no era la democracia “moderada”, sino ¡la restauración de los Borbones! La “dorada tercera vía” no puede mantenerse en ninguna revolución; su ley natural exige una decisión rápida: o la locomotora se impulsa a todo vapor en el

ascenso histórico hasta el punto máximo, o retrocede por su propia gravedad hasta la depresión inicial y arrastra al abismo sin salvación a quienes quisieron detenerla a mitad de camino con sus débiles fuerzas.

Esto explica el hecho de que, en toda revolución, sólo puede tomar la dirección y el poder aquel partido que tiene el valor de lanzar la consigna motriz y extraer todas las consecuencias de ella. Esto explica el miserable papel de los mencheviques rusos, de Dan, Tsereteli, etc., que, contando inicialmente con una inmensa influencia sobre las masas, fueron barridos gloriosamente del escenario después de una prolongada oscilación, habiendo resistido con uñas y dientes la asunción del poder y la responsabilidad.

El partido de Lenin fue el único que comprendió el imperativo y el deber de un partido verdaderamente revolucionario que, con la consigna: todo el poder en manos del proletariado y del campesinado, aseguraba el progreso de la revolución.

Los bolcheviques han resuelto así la famosa cuestión de la “mayoría del pueblo”, que siempre ha pesado sobre los socialdemócratas alemanes. Éstos, como discípulos empedernidos del cretinismo parlamentario, se limitaron a trasladar a la revolución la sabiduría casera infantil parlamentaria: para sacar adelante algo, primero hay que tener una mayoría. Así también en la revolución: primero nos convertimos en “mayoría”. La verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la vuelta a esta sabiduría del topo parlamentario: el camino no es a través de la mayoría hacia la táctica revolucionaria, sino a través de la táctica revolucionaria hacia la mayoría. Sólo un partido que sabe liderar, es decir, impulsar, adquiere seguidores en la tormenta. La determinación con la que Lenin y sus camaradas, en el momento decisivo, lanzaron la única consigna que impulsaba el avance: todo el poder a manos del proletariado y los campesinos, los convirtió casi de la noche a la mañana de una minoría perseguida y calumniada, cuyos dirigentes tenían que esconderse como Marat en los sótanos, en los dueños absolutos de la situación.

Los bolcheviques también establecieron inmediatamente como objetivo de esta toma del poder el programa revolucionario más completo y de mayor alcance: no, por ejemplo, la salvaguarda de la democracia burguesa, sino la dictadura del proletariado para la realización del socialismo. Se han ganado así el imperecedero mérito histórico de proclamar por primera vez los objetivos últimos del socialismo como programa directo de política práctica.

Lo que un partido es capaz de reunir en el momento histórico en términos de coraje, energía, visión revolucionaria y coherencia, Lenin, Trotsky y sus camaradas lo han logrado plenamente. Todo el honor revolucionario y la capacidad de acción que le faltaban a la socialdemocracia en occidente estaban representados en los bolcheviques. Su insurrección de octubre no sólo fue una salvación real para la revolución rusa, sino también una salvación de honor para el socialismo internacional.

III

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y de los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta que les correspondió en la revolución rusa tras la toma del poder fue incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos.¹ Ciertamente, la consigna de la toma y reparto inmediato de la tierra por parte de los campesinos² era la fórmula más corta, sencilla y sucinta para conseguir dos cosas: aplastar la gran propiedad terrateniente y vincular a los campesinos inmediatamente al gobierno revolucionario. Como medida política para fortificar el gobierno socialista proletario, fue una táctica excelente. Pero, por desgracia, tenía sus dos caras, y la otra era que la toma inmediata de tierras por parte de los campesinos no tenía nada en común con la economía socialista.

En lo tocante a la agricultura, la transformación socialista de las relaciones económicas presupone dos cosas: en primer lugar, la nacionalización de los latifundios en tanto que concentración técnicamente más avanzada de los medios y métodos de producción agrícola, única que puede servir de punto de partida del modo de producción socialista en el campo. Si, por supuesto, no es necesario privar al pequeño agricultor de su parcela, y si se puede esperar a que se deje ganar voluntariamente por las ventajas de la empresa social, primero a la asociación cooperativa y, finalmente, a la integración en la empresa social total, entonces cualquier reforma económica socialista en el campo debe empezar naturalmente por la gran y mediana propiedad agrícola; se debe transferir el derecho de propiedad, en primer lugar, a la nación, o, lo que es lo mismo al gobierno socialista, o si se quiere decir así, al estado; pues sólo esto ofrece la posibilidad de organizar la producción agrícola según grandes líneas socialistas coherentes.

En segundo lugar, sin embargo, una de las condiciones de esta transformación es que la separación de la agricultura y la industria, este rasgo característico de la sociedad burguesa, debe ser abolida para dar paso a una interpenetración y fusión mutua de las dos, para un ajuste de la producción agrícola e industrial según líneas uniformes. Cualquiera que sea la gestión práctica en detalle: ya sea a través de las comunidades urbanas, como algunos proponen, o desde el centro del estado, en cualquier caso, el requisito previo es una reforma llevada a cabo de manera uniforme, iniciada desde el centro y con el requisito previo de la nacionalización de la tierra. La nacionalización de la gran y mediana propiedad agrícola, la unificación de la industria y la agricultura, son dos aspectos fundamentales de toda reforma económica socialista, sin los cuales no hay socialismo.

El gobierno soviético de Rusia no haya llevado a cabo estas grandes reformas: ¡quién puede culparlo por ello! Sería una mala broma exigir o esperar de Lenin y sus camaradas que en el corto período de su gobierno, en medio de la vorágine de las luchas internas y externas, acosados por innumerables enemigos y resistencias por todas partes, resolvieran o incluso abordaran una de las tareas más difíciles, de hecho, podemos decir

¹ Nota de Rosa Luxemburg en el margen superior sin clasificación: "(Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905, tras la Tercera Duma, los campesinos de derechas. Cuestión campesina y defensa, ejército)".

² Ver *Decreto sobre la tierra*, en *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii) – Edicions Internacionals Sedov. EIS.*

con seguridad, la más difícil de la revolución socialista. Una vez que hayamos llegado al poder, nos romperemos muchos dientes con esta dura nuez, incluso en occidente y contando con las condiciones más favorables, antes de que hayamos salido de las más duras de las mil complicadas dificultades de esta gigantesca tarea.

Un gobierno socialista que ha llegado al poder debe, en cualquier caso, hacer una cosa: debe tomar medidas que vayan en la dirección de esos requisitos fundamentales de una posterior reforma socialista de las relaciones agrarias; debe, al menos, evitar todo lo que le impida llegar a esas medidas.

Ahora bien, la consigna lanzada por los bolcheviques: incautación inmediata de la propiedad y reparto de la tierra por los campesinos, tenía que funcionar precisamente en sentido contrario. No sólo no es una medida socialista, sino que corta el camino hacia tal medida, amontona dificultades insuperables ante la transformación de las relaciones agrarias en el sentido socialista.

Ahora bien, la consigna lanzada por los bolcheviques: incautación y reparto inmediato de la tierra por parte de los campesinos, estaba destinada a tener el efecto contrario. No sólo no es una medida socialista, sino que corta el camino hacia tal medida, amontonando dificultades insuperables ante la transformación de las relaciones agrarias en el sentido socialista.

La toma de las tierras por parte de los campesinos siguiendo la breve y escueta consigna de Lenin y sus amigos: ¡Tomad la tierra! simplemente condujo a la repentina y caótica transformación de la propiedad de la tierra a gran escala en la propiedad de la tierra de los campesinos. Lo que se creó no fue la propiedad social, sino la nueva propiedad privada, y fue la ruptura de la gran propiedad en la mediana y pequeña propiedad, de la gran explotación relativamente avanzada en la pequeña explotación primitiva, trabajando técnicamente con los medios de la época de los faraones. No es suficiente: con esta medida y la forma caótica y puramente arbitraria en que se llevó a cabo, las disparidades de propiedad en el campo no se eliminaron, sino que se agravaron. Aunque los bolcheviques exhortaron al campesinado a formar comités campesinos para que, de alguna manera, la toma de las fincas de la aristocracia fuera una acción colectiva, está claro que este consejo general no cambió nada en la práctica real y en las relaciones reales de poder en el campo. Con o sin comités, los campesinos ricos y los usureros que formaron la burguesía aldeana y que tienen en sus manos el poder local real en todas las aldeas rusas, se han convertido ciertamente en los principales beneficiarios de la revolución agraria. Sin embargo, todo el mundo puede prever que, como resultado de la división de la tierra, la desigualdad social y económica en el seno del campesinado no se ha eliminado, sino que sólo se ha incrementado, que los antagonismos de clase se han agudizado en el campo. Pero, además, este cambio de poder se ha producido *en detrimento* de los intereses proletarios y socialistas.

Discurso de Lenin sobre la necesaria centralización en la industria, la nacionalización de los bancos, el comercio y la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, la descentralización y la propiedad privada.

El propio programa agrario de Lenin antes de la revolución era diferente. La consigna ha sido tomada de los tan denostados socialistas-revolucionarios, o más correctamente, del movimiento espontáneo del campesinado.

Para introducir los principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético pretende ahora crear comunas agrarias con proletarios, en su mayoría elementos urbanos y desempleados. Pero es fácil adivinar de antemano que los resultados de estos esfuerzos, medidos con respecto a toda la extensión de las relaciones agrarias, deben seguir siendo sólo infinitesimales y no entran en consideración en absoluto para la evaluación de la cuestión. (Después de que los latifundios, el punto de partida más

adecuado para la economía socialista, se hayan dividido en pequeñas explotaciones, se intenta ahora construir explotaciones modelo comunistas a partir de pequeños comienzos)³. En las condiciones dadas, estas comunas sólo tienen el valor de un experimento, no de una reforma social integral.

Antiguamente, a una reforma socialista en el campo se oponía, en el mejor de los casos, la resistencia de una pequeña casta de terratenientes aristocráticos y capitalistas y de una pequeña minoría de la burguesía aldeana rica, cuya expropiación por una masa revolucionaria del pueblo es un juego de niños. Ahora, tras la “incautación de la propiedad”, el enemigo de toda socialización socialista de la agricultura es una masa enormemente aumentada y fuerte del campesinado propietario, que defenderá con uñas y dientes su recién adquirida propiedad contra todos los ataques socialistas. Ahora la cuestión de la futura socialización de la agricultura, es decir, de la producción en general en Rusia, se ha convertido en una cuestión de oposición y lucha entre el proletariado urbano y las masas campesinas. Lo agudo que se ha vuelto el antagonismo lo demuestra el boicot de los campesinos contra las ciudades, a las que retienen los alimentos para hacer negocios usureros con ellos, al igual que los junkers prusianos. El agricultor parcelario francés se había convertido en el más valiente defensor de la Gran Revolución Francesa, que le había dotado de las tierras confiscadas a los exiliados. Llevó la bandera de Francia a la victoria como soldado napoleónico, recorrió toda Europa y aplastó el feudalismo en un país tras otro. Lenin y sus amigos podrían haber esperado un efecto similar de su consigna agraria. Pero el campesino ruso, habiendo tomado posesión del país por su propia cuenta, nunca soñó con defender a Rusia y la revolución a la que le debía su tierra. Se enfrascó en su nueva posesión y abandonó la revolución a sus enemigos, el estado a la decadencia, la población urbana al hambre.

La reforma agraria de Lenin ha creado para el socialismo en el campo una nueva y poderosa clase popular de enemigos, cuya resistencia será mucho más peligrosa y tenaz de lo que fue la de los terratenientes aristocráticos.

Que la derrota militar se convirtiera en el colapso y la desintegración de Rusia, de esto tienen parte de culpa los bolcheviques. Pero los bolcheviques agravaron en gran medida estas dificultades objetivas de la situación con una consigna que pusieron en el primer plano de su política: el llamado derecho de autodeterminación de las naciones o, lo que se escondía bajo esta frase en realidad, la desintegración estatal de Rusia. La fórmula, proclamada una y otra vez, con tenacidad doctrinaria, del derecho de las diversas nacionalidades del Imperio Ruso a determinar sus destinos de forma independiente “hasta la secesión estatal de Rusia”, fue un grito de guerra especial de Lenin y sus camaradas durante su oposición tanto a la guerra de Miliukov como a la de Kerensky, formó el eje de su política interna después de la revolución de octubre y constituyó toda la plataforma de los bolcheviques en Brest-Litovsk, la única arma que tenían para oponerse a la posición de poder del imperialismo alemán.

En primer lugar, lo que llama la atención de la obstinación y la rígida consistencia con la que Lenin y los camaradas se aferraron a esta consigna es que está en franca contradicción tanto con su otro pronunciado centralismo político como con la actitud [que] adoptaron hacia otros principios democráticos. Mientras mostraban un frío desprecio hacia la asamblea constituyente, el sufragio universal, la libertad de prensa y de reunión, en definitiva, hacia todo el aparato de las libertades democráticas fundamentales de las masas populares, que en su conjunto constituían el “derecho de autodeterminación” en la propia Rusia, trataban el derecho de autodeterminación de las naciones como una joya de la política democrática, en aras de la cual debían callar todos

³ Nota de Rosa Luxemburg en el margen izquierdo sin nota de clasificación: “Monopolio de cereales con primas. Ahora *post festum* quieren llevar la lucha de clases a la aldea”.

los puntos prácticos de crítica real. No les impresionó lo más mínimo el pronunciamiento popular sobre la asamblea constituyente en Rusia, un pronunciamiento sobre la base del sufragio más democrático del mundo y en la plena libertad de una república popular, y a partir de consideraciones críticas muy sobrias se limitaron a declarar nulos sus resultados, defendieron en Brest el “determinación popular” de las naciones alógenas de Rusia sobre su pertenencia estatal como el verdadero paladio de toda libertad y democracia, quintaesencia no adulterada de la voluntad del pueblo, y la suprema autoridad decisiva en cuestiones del destino político de las naciones.

La contradicción que se abre aquí es tanto más incomprensible cuanto que, como veremos más adelante, las formas democráticas de la vida política en todos los países son de hecho fundamentos muy valiosos, incluso indispensables, de la política socialista, mientras que el fabuloso “derecho de autodeterminación de las naciones” no es más que una fraseología y una patraña pequeñoburguesa hueca.

De hecho, ¿qué se supone que significa este derecho? Forma parte del *abc* de la política socialista la lucha contra todo tipo de opresión, incluida la de una nación por otra.

Si, a pesar de todo esto, políticos tan sobrios y críticos como Lenin y Trotsky y sus amigos, que no tienen más que un encogimiento de hombros irónico hacia todo tipo de fraseología utópica como el desarme, la Sociedad de Naciones, etc., hicieron esta vez de una frase hueca de exactamente la misma categoría su caballo de batalla, se hizo, como nos parece, por una especie de política oportunista. Lenin y sus camaradas consideraban, evidentemente, que no había medio más seguro de vincular a las numerosas nacionalidades extranjeras en el seno del Imperio Ruso a la causa de la revolución, a la causa del proletariado socialista, que concediéndoles, en nombre de la revolución y del socialismo, la máxima libertad para disponer de sus destinos. Esto era una analogía con la política de los bolcheviques hacia los campesinos rusos, cuya hambre de tierra debía ser satisfecha con la consigna de la toma directa de las tierras de la aristocracia, y que por ello debían ser encadenados a la bandera de la revolución y del gobierno proletario. En ambos casos, por desgracia, el cálculo falló por completo. Mientras que Lenin y sus camaradas evidentemente esperaban que, como campeones de la libertad nacional, y “hasta el punto de la secesión estatal”, Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, los caucásicos, etc., se convertirían en otros tantos fieles aliados de la revolución rusa, asistimos al espectáculo inverso: una tras otra, estas “naciones” han utilizado la libertad recién concedida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigo mortal de la revolución rusa contra ella, y bajo su protección para llevar la bandera de la contrarrevolución a la propia Rusia. El interludio con Ucrania en Brest, que dio un giro decisivo a esas negociaciones y a toda la situación política interna y externa de los bolcheviques, es un ejemplo de ello. La conducta de Finlandia, Polonia, Lituania, los países bálticos y las naciones del Cáucaso, muestra de forma muy convincente que no estamos ante una excepción accidental, sino ante una decisión típica.

Es cierto que en todos estos casos no son en realidad las “naciones” las que llevan a cabo esta política reaccionaria, sino sólo las clases burguesas y pequeñoburguesas que, en la más aguda oposición a sus propias masas proletarias, han convertido el “derecho de autodeterminación nacional” en una herramienta de su política de clase contrarrevolucionaria. Pero (y esto nos lleva al quid de la cuestión) ahí radica el carácter utópico y pequeñoburgués de esta frase nacionalista, que, en la dura realidad de la sociedad de clases, sobre todo en el período de los antagonismos de clase extremadamente agudizados, se transforma simplemente en un medio de dominio de la clase burguesa. Los bolcheviques deben aprender, en su mayor perjuicio y en el de la revolución, que precisamente bajo el dominio del capitalismo no existe la autodeterminación de la nación, que en una sociedad de clases cada clase de la nación se esfuerza por “autodeterminarse”

de manera diferente, y que para las clases burguesas los puntos de vista de la libertad nacional pasan a un segundo plano por completo frente a los del dominio de clase. La burguesía finlandesa, al igual que la pequeña burguesía ucraniana, estaba perfectamente unida al preferir la tiranía alemana a la libertad nacional si ésta se combinaba con los peligros del “bolchevismo”.

La esperanza de invertir estas relaciones reales de clase en su contrario, por ejemplo, por medio de “plebiscitos”, en torno a los cuales todo giraba en Brest, y de obtener un voto mayoritario a favor de la unión con la revolución rusa apoyándose en la masa revolucionaria del pueblo, era, si lo pensaban seriamente Lenin-Trotsky, un optimismo incomprensible, y si sólo pretendía ser una estocada táctica en el duelo con la política de fuerza alemana, un peligroso juego con fuego. Incluso sin la ocupación militar alemana, el fabuloso “plebiscito”, si hubiera llegado a celebrarse en los países periféricos, habría producido con toda probabilidad, en vista de la condición mental de las masas campesinas y de grandes capas de proletarios aún indiferentes, en vista de la tendencia reaccionaria de la pequeña burguesía y de los mil medios de influir en el voto por parte de la burguesía, un resultado en todas partes del que los bolcheviques habrían extraído pocas alegrías. En lo que se refiere a estos referendos sobre la cuestión nacional, puede considerarse como una regla inviolable que las clases dominantes o bien saben cómo impedirlos cuando no les convienen, o bien, cuando se celebran, saben cómo influir en sus resultados por todos aquellos medios y artimañas que también tienen como efecto que no podamos introducir el socialismo por medio de referendos.

El hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y de las tendencias especiales haya sido lanzada en medio de las luchas revolucionarias, es más, que haya sido empujada al primer plano por la Paz de Brest e incluso estampada como el santo y seña de la política socialista y revolucionaria, ha traído la mayor confusión a las filas del socialismo y ha debilitado la posición del proletariado precisamente en los países periféricos. En Finlandia, el proletariado socialista, mientras luchaba como parte de la falange revolucionaria cerrada de Rusia, tenía ya una posición de poder dominante; poseía la mayoría en la dieta y en el ejército, había reducido completamente a la burguesía a la impotencia y era dueño de la situación en el país. La Ucrania rusa había sido el baluarte del movimiento revolucionario ruso a principios de siglo, cuando aún no se había inventado la locura del “nacionalismo ucraniano” con los Karboventz y los “universales” y el caballo de batalla de Lenin de una “Ucrania independiente”. Desde allí, desde Rostov, desde Odesa, desde la región del Donetz, fluyeron las primeras coladas de lava de la revolución (ya en 1902-1904), encendiendo todo el sur de Rusia en un mar de llamas, preparando así la erupción de 1905; lo mismo se repitió en la revolución actual, en la que el proletariado del sur de Rusia constituyó las tropas de élite de la falange proletaria. Polonia y los países bálticos han sido los hogares más poderosos y fiables de la revolución desde 1905, en la que el proletariado socialista desempeñó un papel destacado.

¿Cómo es que en todos estos países de repente la contrarrevolución ha triunfado? El movimiento nacionalista, al arrancar al proletariado de Rusia, lo ha paralizado y lo ha entregado a la burguesía nacional de los países periféricos. En lugar de esforzarse precisamente en el espíritu de la pura política internacional de clase, que por otra parte propugnaban, en la más compacta unificación de las fuerzas revolucionarias en toda la zona del imperio, defendiendo con uñas y dientes la integridad del imperio ruso como zona revolucionaria, oponiendo la unión e inseparabilidad de los proletarios de todas las naciones en la esfera de la revolución rusa como mandamiento supremo de la política a todas las aspiraciones especiales nacionalistas, los bolcheviques, a través de la estruendosa fraseología nacionalista del “derecho de autodeterminación hasta la separación del estado”, han proporcionado a la burguesía de todos los países periféricos

el pretexto más deseable, el más brillante, la bandera misma para sus esfuerzos contrarrevolucionarios. En lugar de advertir a los proletarios de los países periféricos contra todo separatismo como una trampa puramente burguesa y de cortar de raíz las aspiraciones separatistas con mano de hierro, cuyo uso en este caso estaba verdaderamente en el espíritu y el ánimo de la dictadura proletaria, más bien han confundido a las masas de todos los países periféricos con su consigna y las han entregado a la demagogia de las clases burguesas. Con esta reivindicación del nacionalismo han provocado la desintegración de la propia Rusia, la han preparado y entregado así a sus propios enemigos el cuchillo que iban a clavar en el corazón de la revolución rusa.

Es cierto que, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin “las culatas de los fusiles alemanes en los puños alemanes”, como escribió el *Neue Zeit* de Kautsky, los Lubinsky y los demás zánganos de Ucrania, así como los Erich y los Mannerheim en Finlandia y los barones del Báltico, nunca habrían podido hacer frente a las masas proletarias socialistas de sus países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya con el que los “camaradas” alemanes entraron en todos esos países con la bayoneta en el puño. Los antagonismos reales de clase y el equilibrio de poder militar provocaron la intervención de Alemania. Pero los bolcheviques aportaron la ideología que enmascaró esta campaña de contrarrevolución, reforzaron la posición de la burguesía y debilitaron la de los proletarios. La mejor prueba es Ucrania, que iba a desempeñar un papel tan fatal en la suerte de la revolución rusa. El nacionalismo ucraniano era muy diferente en Rusia del nacionalismo checo, polaco o finlandés, no era nada más que una simple excentricidad, una estupidez de unas pocas docenas de intelectuales pequeñoburgueses, sin el más mínimo arraigo en las condiciones económicas, políticas o espirituales del país, sin ninguna tradición histórica, ya que Ucrania nunca había formado una nación o un estado, sin ninguna cultura nacional excepto los reaccionarios poemas románticos de Shevchenko. Es formalmente como si una buena mañana los de la costa quisieran fundar una nueva nación y estado bajo-alemán en el Fritz Reuter. Y esta ridícula farsa de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue inflada artificialmente hasta convertirla en un factor político por Lenin y sus camaradas a través de su agitación doctrinaria con el “derecho de autodeterminación hasta el etc.”. Dieron importancia a la farsa inicial hasta que la farsa se convirtió en la seriedad más sangrienta: ¡no un movimiento nacional serio, para el que todavía no hay ninguna raíz, sino el mascarón de proa y la bandera de reunión de la contrarrevolución! De este bluf salieron las bayonetas alemanas en Brest.

Estas frases tienen un significado muy real en algunos momentos de la historia de la lucha de clases. Es el sino fatal del socialismo estar destinado en esta guerra mundial a proporcionar pretextos ideológicos para la política contrarrevolucionaria. Al estallar la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a adornar la incursión del imperialismo alemán con un escudo ideológico del cuarto trastero del marxismo, declarando que era la campaña liberadora contra el zarismo ruso anhelada por nuestros viejos maestros. Las antípodas de los socialistas gubernamentales, los bolcheviques, estaban destinados a suministrar agua al molino de la contrarrevolución con la frase de la autodeterminación de las naciones, y así suministrar una ideología no sólo para el estrangulamiento de la propia revolución rusa, sino para la planeada liquidación contrarrevolucionaria de toda la guerra mundial. Tenemos todos los motivos para observar con atención la política de los bolcheviques a este respecto. El “derecho de autodeterminación de las naciones”, unido a la Sociedad de Naciones y al desarme por la gracia de Wilson, constituye el grito de guerra con el que se jugará el próximo enfrentamiento del socialismo internacional con el mundo burgués. Es evidente que la fraseología de la autodeterminación y todo el movimiento nacional, que en la actualidad constituye el mayor peligro para el socialismo

internacional, han recibido un extraordinario fortalecimiento precisamente a través de la revolución rusa y las negociaciones de Brest. Tendremos que tratar esta plataforma en detalle. El trágico destino de esta fraseología en la revolución rusa, en cuyas espinas se enredaron y ensangrentaron los bolcheviques, debe servir de ejemplo de advertencia al proletariado internacional.

A todo esto le siguió la dictadura de Alemania. Desde la Paz de Brest hasta el “Tratado Adicional”. Los 200 sacrificios expiatorios en Moscú. De esta situación surgió el terror y la supresión de la democracia.

IV

Examinemos esto más de cerca mediante algunos ejemplos.

Un papel destacado en la política de los bolcheviques fue la conocida disolución de la asamblea constituyente en noviembre de 1917. Esta medida fue determinante para su posición posterior; fue, por así decirlo, el punto de inflexión de su táctica. Es un hecho que Lenin y los camaradas, hasta su victoria de octubre, exigieron enérgicamente la convocatoria de la asamblea constituyente, que la propia política filibustera del gobierno de Kerensky en este asunto constituyó un punto de acusación de los bolcheviques contra ese gobierno y les dio ocasión para lanzar las más violentas invectivas. Sí, Trotsky, en su interesante librito *El triunfo del bolchevismo*, dice que el giro de octubre fue prácticamente "...el movimiento de fuerza de octubre [noviembre] puede juzgarse como la salvación [de la constituyente]", como lo fue para la revolución en general. Que "cuando decíamos que el camino hacia la asamblea constituyente no pasaría por el Parlamento Provisional de Tseretelli, sino por el sóviet, hablábamos con toda sinceridad."

Y después de estas proclamaciones el primer paso de Lenin después de la revolución de octubre fue la disolución de la misma asamblea constituyente a la que iba a servir de entrada. ¿Qué razones podrían ser decisivas para un giro tan sorprendente de los acontecimientos? Trotsky expresa ampliamente su opinión al respecto en el documento antes mencionado, y aquí expondremos sus argumentos:

"Los meses anteriores a la revolución de octubre [noviembre] se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda, y un ingreso constante de los obreros, soldados y campesinos en las filas del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era idéntico en el seno del partido socialista-revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha se debilitaba. Sin embargo, las tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del partido socialista-revolucionario pertenecían a los antiguos jefes de la derecha [...]

A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la revolución de octubre [noviembre]. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos, pasando de las ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos, las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú. Votaban por Tierra y Libertad en las representaciones de comités agrarios, que seguían la bandera populista. En efecto, votaban a Kerensky y Avksentiev, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos comités agrarios y que decretaban la captura de sus miembros. El resultado era una paradoja política inverosímil: uno de los partidos que debía disolver la asamblea constituyente, es decir la izquierda socialista-revolucionaria, era elegido en las mismas listas del partido de mayoría de la asamblea. Los hechos referidos demuestran que esa asamblea constituyente era un producto tardío extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones."⁴

⁴ L. Trotsky, *El triunfo del bolchevismo*, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov, página 63, formato pdf.

Todo esto es excelente y muy convincente. Sólo cabe preguntarse por qué personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que se desprende de los hechos anteriores. Dado que la asamblea constituyente fue elegida mucho antes del punto de inflexión decisivo, el levantamiento de octubre, y dado que su composición reflejaba la imagen del pasado anticuado, no del nuevo estado de cosas, la conclusión era evidente: ¡condenar la asamblea constituyente prescrita, es decir, nacida muerta, y convocar sin vacilaciones nuevas elecciones a una nueva asamblea constituyente! No querían ni podían confiar el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskysta de ayer, el período de las fluctuaciones y la coalición con la burguesía. Pues bien, sólo quedaba convocar inmediatamente en su lugar una asamblea surgida de la renovada Rusia que había ido más allá.

En lugar de esto, Trotsky concluye de la insuficiencia especial de la asamblea constituyente que se reunió en octubre, la generalización de la insuficiencia de cualquier representación popular que surja de la elección popular general durante la revolución.

“Una lucha franca y directa por la conquista del poder capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental. La pesada máquina de las instituciones democráticas no puede seguir ese rápido movimiento y tienen un retraso tanto mayor cuanto más vasto es el país y más imperfecto el material técnico de que dispone la democracia.”⁵

Aquí ya tenemos el “la pesada máquina de las instituciones democráticas”. Frente a esto, hay que subrayar en primer lugar que esta valoración de las instituciones representativas expresa una concepción un tanto esquemática y rígida, que se contradice enfáticamente con la experiencia histórica de, precisamente, todas las épocas revolucionarias. Según la teoría de Trotsky, toda asamblea elegida refleja de una vez por todas sólo la condición mental, la madurez política y el estado de ánimo de su electorado en el momento mismo en que acudió a las urnas. En consecuencia, el cuerpo democrático es siempre el reflejo de las masas en el momento de la elección, del mismo modo que el cielo estrellado de Herschel nos muestra siempre los cuerpos del mundo no como son cuando los miramos, sino como eran en el momento en que sus mensajeros de luz fueron enviados a la tierra desde distancias inconmensurables. Se niega aquí toda conexión espiritual viva entre el que ha sido elegido y el electorado, toda interacción permanente entre ambos.

¡Cuánto se contradice esto con toda la experiencia histórica! Ésta nos muestra, por el contrario, que el fluido vivo del sentimiento popular baña constantemente los órganos representativos, penetra en ellos, los dirige. ¿Cómo es posible, si no, que en todos los parlamentos burgueses asistamos a veces a las más divertidas cabriolas de los “representantes del pueblo”, que, animados de repente por un nuevo “espíritu”, produzcan sonidos bastante inesperados, que las momias más marchitas se comporten a veces juvenilmente, y que los diversos vagabundos encuentren de inmediato sonidos revolucionarios en sus pechos, cuando hay un estruendo en las fábricas, en los talleres y en las calles?

¿Y esta influencia viva y constante del estado de ánimo y de la madurez política de las masas sobre los órganos elegidos debería fracasar justo en una revolución ante el rígido esquema de las etiquetas de los partidos y de las listas electorales? Precisamente lo contrario. Es precisamente la revolución la que, con su calor ferviente, crea esa atmósfera fina, vibrante, receptiva, en la que las ondas del sentimiento popular, el pulso de la vida popular, afectan instantáneamente a los órganos representativos de la manera más

⁵ *Ibidem*, página 64.

maravillosa. Precisamente en esto se basan siempre las conocidas escenas efectivas de la etapa inicial de todas las revoluciones, en las que viejos parlamentos reaccionarios o muy moderados, elegidos bajo el antiguo régimen a partir de un sufragio restringido, se convierten de repente en heroicos portavoces del derrocamiento, en huelguistas e impacientes. El ejemplo clásico lo ofrece el famoso “Parlamento Largo” de Inglaterra, que, elegido y reunido en 1642, permaneció en funciones durante siete años, y que [reflejó] en su seno todos los cambios alternantes del sentimiento popular, de la madurez política, de la división de clases, del progreso de la revolución hasta su clímax, desde la sumisa escaramuza inicial con la corona bajo con un “Speaker” de rodillas, hasta la abolición de la Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos y la proclamación de la república.

¿Y no se ha repetido la misma maravillosa transformación en los Estados Generales de Francia, en el parlamento censitario de Luis Felipe, incluso (el último ejemplo más llamativo es tan cercano a Trotsky) en la cuarta Duma rusa, que en el año de gracia de 1912⁶, elegida bajo el régimen más rígido de la contrarrevolución, en febrero de 1917 sintió de repente el impulso juvenil de derrocamiento y se convirtió en el punto de partida de la revolución?

Todo esto demuestra que “el pesado mecanismo de la democracia ...” tiene un poderoso correctivo, precisamente en el movimiento vivo de las masas, en su incesante presión. Y cuanto más democrática es la institución, más vivo y vigoroso es el pulso de la vida política de las masas, más inmediato y exacto es el efecto, a pesar de las rígidas etiquetas de los partidos, las obsoletas listas electorales, etc. Ciertamente, toda institución democrática tiene sus limitaciones y defectos, que probablemente comparte con todas las instituciones humanas. Sólo que el remedio que Trotsky y Lenin encontraron, la eliminación de la democracia por completo, es incluso peor que el mal que pretende sanar: porque ciega el mismo único manantial vivo del que pueden surgir las correcciones de todas las insuficiencias innatas de las instituciones sociales. La vida política activa, desinhibida y enérgica de las más amplias masas del pueblo.

Tomemos otro ejemplo llamativo: la ley electoral ideada por el gobierno soviético.⁷ No está muy claro el significado práctico de este sufragio. De las críticas de Trotsky y Lenin a las instituciones democráticas se desprende que rechazan en principio la representación popular por sufragio universal y desean apoyarse únicamente en los sóviets. No se sabe por qué se elaboró un sufragio universal. Tampoco sabemos que esta ley electoral se haya introducido en la práctica de alguna manera; no se ha oído hablar de elecciones a una especie de representación popular sobre su base. Es más probable que sólo haya sido un producto teórico, por así decirlo, de la mesa de gabinete; pero tal como es, constituye un producto muy curioso de la teoría bolchevique de la dictadura. Todo derecho de voto, como todo derecho político en general, no debe medirse según ningún esquema abstracto de “justicia” y fraseología democrática burguesa similar, sino según las condiciones sociales y económicas a las que se adapta. La ley electoral elaborada por el gobierno soviético está calculada precisamente para el período de transición de la forma de sociedad burguesa-capitalista a la socialista, para el período de la dictadura proletaria. En el sentido de la interpretación de esta dictadura defendida por Lenin y Trotsky, el derecho al voto se confiere sólo a los que viven de su propio trabajo, y se niega a todos los demás.

⁶ En la fuente 1909.

⁷ Ver *Constitución de la República Socialista Federativa de los Consejos (Soviets) de Rusia, 1918*, en *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)* – Edicions Internacionals Sedov. EIS.

Ahora bien, está claro que ese derecho de voto sólo tiene sentido en una sociedad que también sea capaz de proporcionar económicamente a todos los que quieran trabajar una vida suficiente y digna de cultura a partir de su propio trabajo. ¿Es esto cierto en la Rusia actual? En vistas de las tremendas dificultades con las que tiene que lidiar la Rusia soviética, aislada del mercado mundial y de sus más importantes fuentes de materias primas, en vistas de la terrible perturbación general de la vida económica, con el abrupto derrocamiento de las relaciones de producción debido a los trastornos de las relaciones de propiedad en la agricultura, la industria y el comercio, es obvio que innumerables existencias se ven súbitamente desarraigadas, arrojadas fuera de su órbita, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar algún uso para su fuerza de trabajo en el mecanismo económico. Esto se refiere no sólo a las clases capitalistas y terratenientes, sino también al amplio estrato de la clase media y a la propia clase obrera. Es un hecho que la contracción de la industria ha provocado un éxodo masivo del proletariado urbano al campo, buscando refugio en la agricultura. En tales circunstancias, un sufragio político que tiene como presupuesto económico la obligación general de trabajar es una medida bastante incomprensible. Su tendencia [su intención, EIS] es hacer que los explotadores sean los únicos políticamente fuera de la ley. Y mientras la mano de obra productiva es desarraigada en masa, el gobierno soviético, por el contrario, se ve obligado en muchos casos a entregar la industria nacional a los antiguos propietarios capitalistas en régimen de alquiler, por así decirlo. Del mismo modo, [en] abril de 1918, el gobierno soviético se vio obligado a comprometerse también con las cooperativas de consumo burguesas. Además, [el uso de] expertos burgueses [ha resultado] inevitable. Otra consecuencia de la misma dirección es que estratos crecientes del proletariado son mantenidos como Guardias Rojos, etc., por el estado, con fondos públicos. En realidad, deja sin ley a amplias y crecientes capas de la pequeña burguesía y del proletariado, para las que el organismo económico no prevé en absoluto el ejercicio del trabajo obligatorio.

Se trata de una incoherencia que califica al sufragio como un producto utópico de la imaginación divorciado de la realidad social. Y por esta misma razón no es una herramienta seria de la dictadura proletaria.⁸

Cuando toda la clase media, la intelectualidad burguesa y pequeñoburguesa boicoteó al gobierno soviético durante meses después de la revolución de octubre, paralizó el tráfico ferroviario, postal y telegráfico, el sistema escolar, el aparato administrativo, y se rebeló así contra el gobierno obrero, naturalmente había que tomar todas las medidas de presión contra ellos: privándoles de los derechos políticos, de los medios económicos de subsistencia, etc., para romper su resistencia con mano de hierro. Esta fue la expresión de la dictadura socialista, que no debe rehuir ningún uso del poder para imponer o impedir determinadas medidas en interés del conjunto. Por otra parte, un sufragio que pronuncia una privación general de derechos a capas bastante amplias de la sociedad, que las sitúa políticamente fuera del marco de la sociedad, mientras es incapaz de hacerles un hueco económicamente dentro de ese mismo marco, una privación de derechos no como medida concreta para un fin concreto, sino como norma general de efecto permanente, eso no es una necesidad de la dictadura, sino una improvisación inviable.⁹

⁸ Nota de Rosa Luxemburg en el margen izquierdo sin nota de clasificación: “Un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica, que estaría en su lugar sobre una base económica socialista ya acabada, no en el período de transición de la dictadura proletaria.”

⁹ Nota de Rosa Luxemburg en el margen izquierdo, sin nota de clasificación: “Tanto los sóviets como la constituyente y el sufragio universal”. En hoja suelta sin numerar la nota: “Los bolcheviques llamaban reaccionarios a los sóviets porque la mayoría de ellos eran campesinos (delegados campesinos y delegados soldados). Después de que los soviéticos se pusieran de su parte, se convirtieron en los representantes

Pero la cuestión no se agota con la asamblea constituyente y el derecho de voto: no sólo se trata de la abolición de las garantías democráticas más importantes de una vida pública sana y de la actividad política de las masas trabajadoras: la libertad de prensa, el derecho de asociación y de reunión, sin los cuales todos los opositores al gobierno soviético se han convertido en proscritos. Para estas violaciones, el argumento anterior de Trotsky sobre la pesadez de los órganos electorales democráticos no es ni remotamente suficiente. Por otra parte, es un hecho evidente e indiscutible que, sin una prensa libre y desinhibida, sin una vida de asociaciones y reuniones sin obstáculos, el gobierno de amplias masas del pueblo es completamente inconcebible.

Lenin dice: el estado burgués es una herramienta para la opresión de la clase obrera, el socialista para la opresión de la burguesía. No es más que, por así decirlo, el estado capitalista puesto patas arriba. Esta concepción simplificada pasa por alto el punto más esencial: el dominio de la clase burguesa no necesita la formación y educación política de toda la masa del pueblo, al menos no más allá de ciertos límites estrechos. Para la dictadura proletaria es el elemento vital, el aire, sin el cual no puede existir.

“Una lucha franca y directa por la conquista del poder capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental.” Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus propios amigos del partido. Precisamente porque esto es cierto, al asfixiar la vida pública han cegado la fuente de la experiencia política y bloqueado el desarrollo ascendente. O, por el contrario, habría que suponer que la experiencia y el desarrollo fueron necesarios hasta que los bolcheviques se hicieron con el poder, cuando habían alcanzado el grado más alto, y a partir de entonces resultaron superfluos. (Discurso de Lenin: ¡¡Rusia está convencida del socialismo!! [sic, EIS])¹⁰

En realidad, se trata de lo contrario. Las gigantescas tareas que los bolcheviques abordaron con valor y determinación exigían la más intensa formación política de las masas y la acumulación de experiencia.¹¹

El presupuesto tácito de la teoría de la dictadura en el sentido de Lenin-Trotsky es que la revolución socialista es un asunto para el que existe una receta preparada en el bolsillo del partido revolucionario, que luego sólo necesita ser realizada con energía. Por desgracia (o por suerte, según el caso) no es así. Lejos de ser una suma de prescripciones listas para ser simplemente aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico es un asunto que se encuentra totalmente inmerso en las brumas del futuro. Lo que tenemos en nuestro programa son sólo algunas grandes señales que indican la dirección en la que deben buscarse las medidas, principalmente de carácter negativo. Sabemos a grandes rasgos lo que tenemos que eliminar en primer lugar para despejar el camino a la economía socialista, pero qué tipo de medidas prácticas concretas, grandes y pequeñas, son necesarias para introducir los fundamentos socialistas en la economía, en la ley, en todas las relaciones sociales, pero sobre esto, ningún programa del partido socialista y ningún libro de texto socialista proporciona ninguna información. Esto no es una deficiencia, sino precisamente la ventaja del socialismo científico sobre el socialismo utópico. El sistema socialista sólo debe y puede ser un producto histórico,

correctos de la opinión del pueblo. Pero este repentino giro estaba relacionado únicamente con la paz y la cuestión de la tierra.”

¹⁰ *Las tareas inmediatas del poder soviético*, en *Obras Escogidas*, Tomo XXVII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 445 y siguientes. EIS.

¹¹ Nota de Rosa Luxemburg en el margen izquierdo, sin nota de clasificación: “La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido (por muy numerosos que sean) no es libertad. La libertad siempre es sólo la libertad del que piensa diferente. No por el fanatismo de la “justicia”, sino porque todo lo que es instructivo, sano y purificador en la libertad política pende de esa esencia, y pierde su efecto cuando la “libertad” se convierte en un privilegio.”

nacido de su propia escuela de experiencia, en la hora de la realización, del desarrollo de la historia viva, que, al igual que la naturaleza orgánica, de la que en última instancia forma parte, tiene la hermosa costumbre de producir siempre, junto a una necesidad social real, los medios para su satisfacción, y con la tarea al mismo tiempo la solución. Pero si esto es así, entonces está claro que el socialismo, por su propia naturaleza, no puede ser impuesto, introducido mediante un caso. Tiene como requisito previo una serie de medidas violentas (contra la propiedad, etc.). Lo negativo, el desmantelamiento, puede decretarse; la construcción, lo positivo, no. Tierra virgen. Mil problemas. Sólo la experiencia es capaz de corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida en ebullición y sin cortapisas se derrama en mil formas nuevas, en improvisaciones, recibe el poder creativo, corrige incluso todos los errores. La vida pública de los estados con libertad limitada es tan escasa, tan pobre, tan esquemática, tan estéril, precisamente porque, al excluir la democracia, ciega las fuentes vivas de toda riqueza espiritual y de todo progreso. (Prueba: los años 1905 y los [meses] de febrero a octubre de 1917). Políticamente, también económica y socialmente. Toda la masa del pueblo debe participar en ella. De lo contrario, el socialismo será decretado, impuesto, desde la mesa de gabinete de una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De lo contrario, el intercambio de experiencias quedará sólo en el círculo cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno. La corrupción es inevitable. (Palabras de Lenin, *Boletín Informativo* n° 36¹²) La práctica del socialismo requiere toda una conmoción mental en las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que lleva más allá de todo sufrimiento, etc., etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe más vívidamente, lo repite con más insistencia que Lenin.¹³ Sólo que él malinterpreta completamente los medios. El decreto,

¹² *Las tareas inmediatas del poder soviético*, en *Obras Escogidas*, Tomo XXVII, Akal Editor, Madrid, 1976, página 445 y siguientes. EIS.

¹³ Nota de Rosa Luxemburg en el margen izquierdo sin referencia de clasificación: “El discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción”. Nota en el margen izquierdo sin referencia de clasificación: “El discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción. La anarquía también será inevitable en nuestro país y en todas partes. El elemento lumpenproletario se adhiere a la sociedad burguesa y no puede separarse de ella:

Pruebas:

- 1.- Prusia Oriental, los saqueos de los “cosacos”.
- 2.- El estallido generalizado de robos y hurtos en Alemania (*Schiebenungen*, ‘tráfico’ ‘chanchullos’ del personal de correos y ferrocarriles, policía, difuminación completa de los límites entre la buena sociedad y el hampa).
- 3.- La rápida degeneración de los dirigentes sindicales. Contra esto las medidas draconianas del terror son impotentes. Por el contrario, corrompen aún más. El único antídoto: el idealismo y la actividad social de las masas, la libertad política sin restricciones.”

En una hoja suelta sin nota de clasificación se encuentra la siguiente elaboración:

“Un problema en sí mismo de gran importancia en toda revolución lo constituye la lucha contra el lumpenproletariado. También nosotros, en Alemania y en todas partes, tendremos que enfrentarnos a esa cuestión. El elemento lumpenproletario se aferra profundamente a la sociedad burguesa, no sólo como un estrato especial, como desecho social, que crece enormemente sobre todo en tiempos en que los muros del orden social se derrumban, sino como elemento integrador de toda la sociedad. Lo que ha ocurrido en Alemania (y en mayor o menor medida en todos los demás países) ha demostrado la facilidad con la que todos los estratos de la sociedad burguesa son presa de la lumpenización. Las gradaciones entre la usura mercantil, la matanza, los negocios ficticios de oportunidad, la adulteración de alimentos, el soborno, la malversación de funcionarios, el hurto, el robo y el atraco confluyeron de tal manera que desapareció la frontera entre la burguesía respetable y el hampa. Aquí se repite el mismo fenómeno que la rápida amalgama regular de adornos burgueses cuando se trasplantan a las condiciones coloniales de ultramar en suelo social extranjero. Con el despojo de las barreras y soportes convencionales de la moral y el derecho, la sociedad burguesa, cuya ley de vida más íntima es la más profunda inmoralidad: la explotación del hombre por el hombre, cae inmediata y desenfrenadamente presa de la simple lumpenidad. La revolución proletaria tendrá que luchar en todas partes con este enemigo y herramienta de la contrarrevolución.

la violencia dictatorial de los capataces de las fábricas, los castigos draconianos, el reino del terror, son todos ellos paliativos. El único camino para el renacimiento es la propia escuela de la vida pública, la democracia más amplia sin restricciones, la opinión pública. Es precisamente el reino del terror lo que desmoraliza.

Si todo esto desaparece, ¿qué queda en la realidad? Lenin y Trotsky propusieron los sóviets como la única y verdadera representación de las masas trabajadoras en lugar de los órganos representativos surgidos de las elecciones populares generales. Pero con el aplastamiento de la vida política en el conjunto del país, la vida en los sóviets también debe ser cada vez más débil. Sin sufragio universal, sin libertad de prensa y de reunión, sin lucha libre de opinión, la vida se apaga en todas las instituciones públicas, se convierte en una farsa, en la que sólo la burocracia sigue siendo el elemento activo. La vida pública se adormece poco a poco, unas pocas docenas de líderes del partido, de energía inagotable e idealismo sin límites, dirigen y gobiernan, y entre ellos, en realidad, una docena de mentes sobresalientes dirigen, y una élite de la clase obrera es convocada de vez en cuando a reuniones para aplaudir los discursos de los dirigentes, para acordar por unanimidad las resoluciones presentadas. Básicamente el dominio de una camarilla. Una dictadura, sin duda, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura... Es decir, dictadura en el sentido burgués, en el sentido de dominio jacobino (¡el aplazamiento de los congresos de los sóviets de tres a seis meses!). Sí, incluso más allá: tales condiciones deben dar lugar a un salvajismo en la vida pública: Asesinatos, fusilamiento de rehenes, etc. Se trata de una ley objetiva y abrumadora a la que ningún partido puede sustraerse.

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es precisamente que oponen la dictadura a la democracia, al igual que Kautsky. “Dictadura o democracia” es la cuestión planteada tanto por los bolcheviques como por Kautsky. Este último, por supuesto, se pronuncia a favor de la democracia, y concretamente a favor de la democracia *burguesa*, ya que la presenta precisamente como la alternativa al levantamiento socialista.¹⁴ Lenin-Trotsky, por el contrario, optan por la dictadura en oposición a la democracia, y por tanto por la dictadura de un puñado de personas, es decir, por la dictadura burguesa. Son dos polos opuestos, ambos igualmente alejados de la política socialista real. Según el consejo de Kautsky, cuando toma el poder el proletariado no puede nunca, bajo el pretexto de la “inmadurez del país”, renunciar a la revolución socialista y dedicarse sólo a la democracia, sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional, a la revolución. Debe y tiene que emprender inmediatamente medidas socialistas de la manera más enérgica, más inflexible, más despiadada, es decir, ejercer la dictadura, pero la dictadura de la clase, no de un partido o de una camarilla, la dictadura de la clase, es decir, en la más amplia publicidad, con la más activa participación desinhibida de las masas populares, en una

Sin embargo, también en este aspecto el terror es un arma roma, incluso de doble filo. La justicia de campaña más draconiana es impotente frente a los brotes de maldad lumpenproletaria. Sí, toda regimentación permanente de un estado de sitio conduce inevitablemente a la arbitrariedad, y toda arbitrariedad tiene un efecto depravador en la sociedad. También en este caso, los únicos medios eficaces en manos de la revolución proletaria son: las medidas radicales de carácter político y social, la transformación más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas, y el despliegue del idealismo revolucionario, que sólo puede sostenerse en la libertad política irrestricta mediante la vida intensamente activa de las masas.

Al igual que contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, la acción libre de los rayos del sol es el remedio más eficaz, purificador y curativo, la propia revolución y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la autorresponsabilidad de las masas provocada por ella misma, es decir, la más amplia libertad política como su forma, es el único sol curativo y purificador.

¹⁴ El lector puede ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) las obras de Kautsky *La dictadura del proletariado* (que Luxemburg debía conocer cuando redactó esto) y la posterior (1919) *Terrorismo y comunismo. Contribución a la historia natural de la revolución* dentro de la serie *Obras Escogidas de Karl Kautsky*. EIS.

democracia sin restricciones. “Como marxistas nunca hemos sido idólatras de la democracia formal”, escribe Trotsky. Ciertamente, nunca hemos sido idólatras de la democracia formal. Tampoco hemos sido nunca idólatras del socialismo o del marxismo. ¿Se deduce de esto que también podemos esconder en el trastero el socialismo, el marxismo, cuando nos resulte incómodo, à la Cunow-Lensch-Parvus? Trotsky y Lenin son la negación viva de esta cuestión. Nunca hemos sido idólatras de la democracia formal, sólo eso: siempre hemos distinguido el núcleo social de la forma política de la democracia *burguesa*, siempre hemos puesto de manifiesto el núcleo amargo de la desigualdad social y la falta de libertad bajo la dulce cáscara de la igualdad formal y la libertad, no para rechazarla, sino para incitar a la clase obrera a no contentarse con la cáscara, sino a conquistar el poder político para llenarlo de nuevo contenido social. La tarea histórica del proletariado, cuando llegue al poder, es crear la democracia socialista en lugar de la democracia burguesa, no abolir toda la democracia. Pero la democracia socialista no comienza sólo en la tierra prometida, cuando se ha creado la subestructura de la economía socialista, como un regalo de Navidad listo para el buen pueblo, que mientras tanto ha apoyado fielmente al puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con el desmantelamiento del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza con el momento de la conquista del poder por parte del partido socialista. No es otra cosa que la dictadura del proletariado.

Sí: ¡dictadura! Pero esta dictadura consiste en la *forma de utilizar la democracia*, no en su abolición, en intervenciones vigorosas y decididas en los derechos adquiridos y en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales la revolución socialista no puede realizarse. Pero esta dictadura debe ser obra de la clase, y no de una pequeña minoría dirigente en nombre de la clase; es decir, debe surgir en todo momento de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, estar sometida al control de todo el público, surgir de la creciente formación política de las masas populares.

Exactamente de la misma manera habrían procedido los bolcheviques hasta ahora si no hubieran sufrido la terrible compulsión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anormales relacionadas con ella, que deben distorsionar toda política socialista llena de las mejores intenciones y los más finos principios.

Un argumento evidente a favor de esto es el abundante uso del terror por parte del gobierno soviético, especialmente en el último período antes del colapso del imperialismo alemán, desde el asesinato del enviado alemán. El tópico de que las revoluciones no se bautizan con agua de rosas es en sí mismo bastante tenue.

Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible y una cadena inevitable de causas y efectos, cuyos puntos de partida y claves son: el fracaso del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. Esperar que Lenin y sus camaradas conjuren por arte de magia la más bella democracia, la más ejemplar dictadura del proletariado y una floreciente economía socialista en tales circunstancias, sería plantearles exigencias sobrehumanas. Por su decidida actitud revolucionaria, su energía ejemplar y su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, han logrado realmente lo que había que lograr en circunstancias tan endiabladamente difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, cuando ahora quieren fijar teóricamente su táctica al completo y recomendarla al proletariado internacional para que la imite como modelo de táctica socialista. De la misma manera que se colocan innecesariamente bajo una falsa luz y colocan su verdadero e innegable mérito histórico bajo el celemín de los necesarios pasos en falso, hacen un flaco favor al socialismo internacional, por el que y para el que lucharon y sufrieron, si quieren introducir en su memoria como nuevos conocimientos todas las oblicuidades introducidas por necesidad

y compulsión en Rusia, que en último término no fueron más que emanaciones de la bancarrota del socialismo internacional en esta guerra mundial.

Que los socialistas del gobierno alemán griten que el gobierno de los bolcheviques en Rusia es una distorsión de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es, es sólo porque fue precisamente un producto de la actitud del proletariado alemán, que fue una distorsión de la lucha de clases socialista. Todos estamos sometidos a la ley de la historia, y el orden social socialista sólo puede llevarse a cabo a nivel internacional. Los bolcheviques han demostrado que pueden hacer todo lo que un verdadero partido revolucionario es capaz de hacer dentro de los límites de las posibilidades históricas. No deberían querer hacer milagros. Una revolución proletaria ejemplar e impecable en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado internacional, sería un milagro. Lo que importa en la política de los bolcheviques es distinguir lo esencial de lo carente de esencia, el núcleo de lo accidental. En este último período, en el que nos enfrentamos a luchas finales decisivas en todo el mundo, el problema más importante del socialismo era y es precisamente la cuestión candente del momento: no esta o aquella cuestión detallada de la táctica, sino: la capacidad de acción del proletariado, la energía de las masas, la voluntad de poder del socialismo en general. En este sentido, Lenin y Trotsky, con sus amigos, fueron los primeros en dar ejemplo al proletariado mundial; todavía son los únicos que pueden exclamar con Hutten: ¡He osado!

Esta es la característica esencial y duradera de la política bolchevique. En este sentido, les queda el inmortal mérito histórico de haber precedido al proletariado internacional en la conquista del poder político y en el problema práctico de la realización del socialismo, y de haber hecho avanzar poderosamente la lucha entre el capital y el trabajo en todo el mundo. En Rusia sólo se podía plantear el problema. No se pudo resolver en Rusia. Y en este sentido el futuro pertenece en todas partes al “bolchevismo”.

Sobre una deplorable maniobra (Clara Zetkin y Adolf Warski)

1921¹⁵

Paul Levi acaba de editar un folleto titulado: *Sobre la Revolución Rusa, apreciaciones, críticas extraídas de los apeles de Rosa Luxemburg*. Nuestra camarada Rosa Luxemburg lo había iniciado en el verano de 1918 en la prisión de Breslau y nunca llegó a terminarlo. Tenía la intención de detallar más su opinión sobre la revolución rusa. Pero, fuese el que fuese su deseo, liberada por la revolución alemana no encontró la oportunidad de llevar a cabo este proyecto.

Deseamos manifestar públicamente que ni Rosa Luxemburg ni Leo Jogiches quisieron jamás la publicación de este estudio crítico concebido en 1918. Esto no era posible dada la situación de la Rusia soviética y de su partido dirigente. La existencia de la joven república de los sóviets puede que nunca fuese tan precaria como en el verano de 1918.

Además, declaramos que el contenido del folleto, al menos en los asuntos más esenciales, no se corresponde con la opinión que Rosa Luxemburg profesó públicamente después de su liberación de la prisión y hasta su muerte.

Lo atestiguan sus artículos, sus notas, ciertos pasajes del programa del grupo Espartaco, su crítica a la socialdemocracia mayoritaria, etc. La opinión de Rosa Luxemburg había cambiado radicalmente sobre la constituyente, sobre la democracia, sobre los sistemas soviéticos, sobre el terror. Este cambio de opinión probablemente explica por qué no había completado ni publicado su folleto ella misma. El mismo cambio de opinión fue la razón obvia que llevó a Leo Jogiches, el amigo más íntimo y compañero de lucha de toda la vida de Rosa Luxemburg, quien ella misma dijo que era su “conciencia crítica”, a oponerse a la publicación de este manuscrito. e incluso a pedir que se quemaran determinadas páginas.

Paul Levi sabe muy bien todo esto. El manuscrito que ahora publica llevaba tres años en sus manos. Pero mientras fue miembro y líder del partido comunista se abstuvo de darlo a conocer. Si hoy lo saca de sus cajones y lo publica, añadiendo una prolija y pretenciosa introducción, es porque pretende explotar la obra inacabada de Rosa Luxemburg para un fin ajeno a la crítica revolucionaria.

Berlín, 20 de diciembre de 1921
Clara Zetkin y A. Warski

¹⁵ Tomado de “Sobre una deplorable maniobra”, en Clara Zetkin, escritos – Alejandría Proletaria.

Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov



Consulta nuestras series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07. Primera Internacional*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
 - *12. Marx y Engels, algunos materiales*
 - *13. Eleanor Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las series de nuestro sello hermano enlazando desde aquí o desde la imagen

Alejandro Proletaria

